



algar

COLECCIÓN
CALCETÍN

Jonathan
Swift

Adaptación de
T. Broseta

Dibujos de
Miguel Á.
Giner Bou

Los viajes de Gulliver

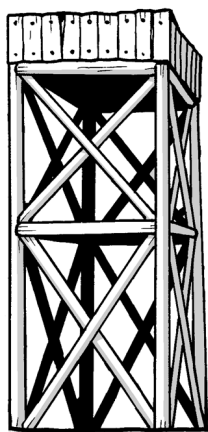


Desde pequeño sentí un gran deseo de viajar por el mundo. Por si algún día se hacía realidad mi ilusión, estudié náutica, matemáticas y medicina. Eso me permitió trabajar de médico en diversos barcos y hacer muchos viajes a tierras lejanas.

Después de casarme, instalé una consulta en Londres. Tenía la intención de llevar una vida más tranquila, junto a mi esposa, pero no tuvimos suerte. Tenía tan pocos pacientes que, finalmente, tomé la decisión de volver a hacerme a la mar.

El capitán Pritchard me contrató como médico del Antílope, un barco que partía hacia el mar del Sur. Y así comenzó mi primera aventura.

VIAJE A LILIPUT



1

La llegada

El Antílope navegaba a toda vela cuando se desencadenó una violenta tempestad. Arrastrado por el viento, el barco se estrelló contra unas rocas y se quebró como una nuez. Hui-mos del desastre remando desesperadamente en los botes salvavidas, pero el viento nos hizo volcar y todos caímos al agua.

No sé qué pasó con mis compañeros de

viaje, pero sospecho que nada bueno. Yo nadé mientras me aguantaron las fuerzas y, después, me dejé arrastrar por el viento y la marea. Cuando ya me daba por muerto, toqué tierra en una playa desierta. Aún no lo sabía, pero había llegado al país de Liliput.

Agotado como estaba, me quedé dormido como un tronco. Horas después, cuando me desperté, intenté levantarme. ¡Imposible! Un montón de cuerdas me mantenían atado al suelo por los brazos, las piernas y los cabellos. Otras ligaduras cruzaban mi cuerpo, desde las axilas hasta los muslos. Tumbado como estaba, y deslumbrado por el sol, no podía ver nada de lo que ocurría a mi alrededor.

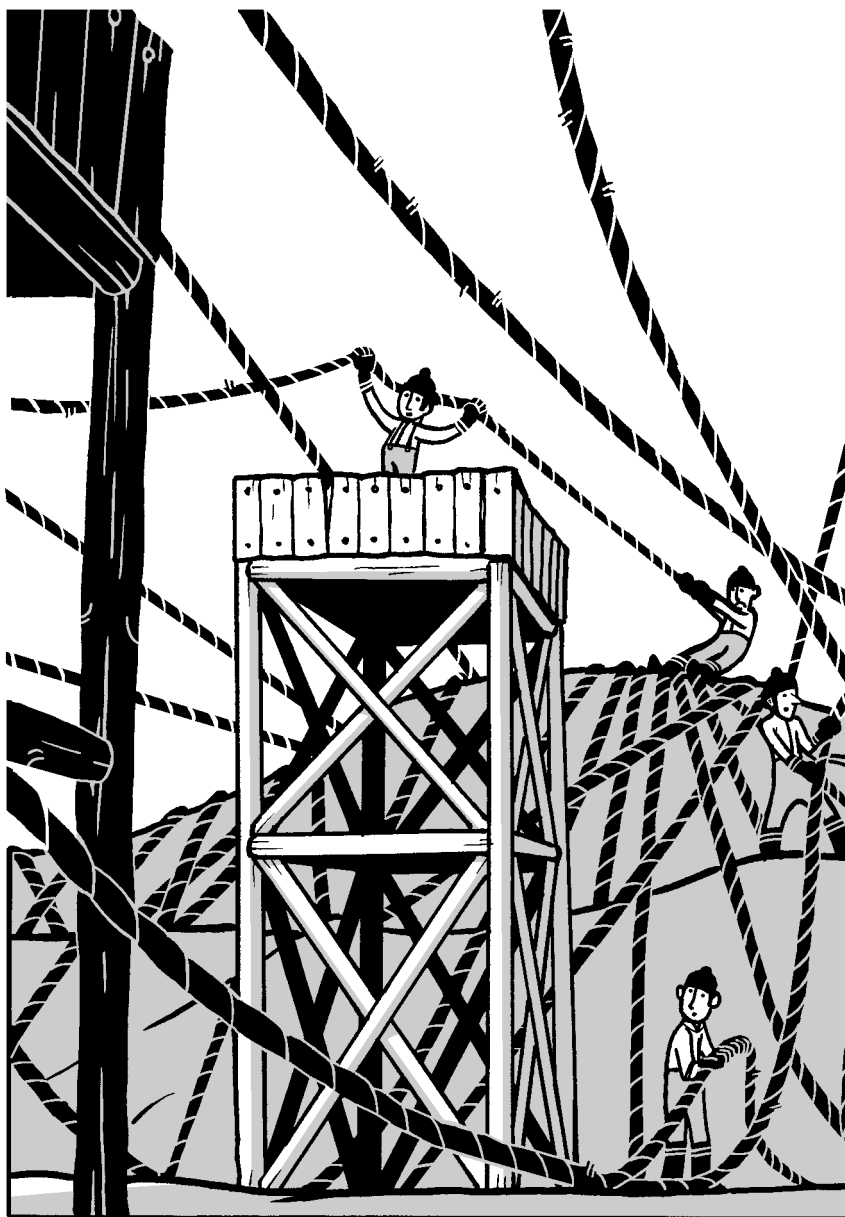
Al cabo de un rato, noté que una cosa viva se movía sobre mi pierna izquierda y me subía por el cuerpo hasta la barbilla. Enton-

ces la vi. ¡Era una criatura humana de medio palmo de altura!

Enseguida se le unieron muchas otras criaturas parecidas y yo grité como un loco. Las criaturas, espantadas, saltaron al suelo, pero no tardaron mucho en volver a treparme por todo el cuerpo. Yo luchaba por deshacerme de las ligaduras mientras ellos me hablaban en una lengua desconocida. Conseguí romper algunas cuerdas, y las criaturas, aterradas, volvieron a huir.

Entonces me dispararon centenares de flechas, que se me clavaban como alfileres. ¡Dolía, podéis creerme! Decidí que esperaría hasta la noche y me escaparía amparado por la oscuridad. Pero las criaturas tenían otros planes para mí.

Noté que trabajaban a mi alrededor. Al cabo de una hora, vi que habían construido





una plataforma que se levantaba medio metro sobre el suelo. Desde allí arriba, uno de ellos me soltó un discurso que no entendí. Cuando calló, le dije por gestos que me moría de hambre. ¡Por suerte, me entendió a la primera!

Enseguida trajeron unas cuantas escaleras y las apoyaron en mi cuerpo. Empezaron a acercarme a la boca cestas llenas de carne, que me comía de un bocado, y barriles de vino, que vaciaba de un solo trago. Los liliputianos parecían asombrados por mi tamaño y mi voracidad, pero no asustados. ¡No se podía negar que eran valientes!

Según me explicaron más tarde, me habían puesto un somnífero en el vino. Por eso, después de comer, beber y orinar, volví a dormirme profundamente. Cuando me desperté, descubrí que los liliputienses no habían

perdido el tiempo. Siguiendo las órdenes de su emperador, y ayudándose con cuerdas, me habían subido a una plataforma de madera con muchas ruedas. Mil quinientos caballos arrastraron aquella máquina en dirección a la capital del país, que se encontraba a unos ochocientos metros de distancia.